

CROQUIS DEL SERMÓN DE BENDICIÓN DE BANDERAS DE UN REGIMIENTO.

*Et ponam in eis signum, et mittam
ex eis.... ad eos, qui non audierunt de
me.... et annuntiabunt gloriam meam
gentibus.*

(Isaïæ, c. LXVI, v. 19.)

Y pondré una señal en ellos, y en-
viaré de ellos.... á aquellos que no
oyeron de mí.... y anunciarán mi glo-
ria á las gentes.

Exordio. Palabras del texto aplicadas literalmente á la solemnidad del momento.—La señal.—Santiago.—La bandera española.—Dios, Patria y Rey su lema verdadero y eterno.

Dios. Su poder ostensible en el mundo físico.—La tempestad.—El ejército y las batallas del cielo.—Ejércitos de Dios en la tierra.—Israel, y sus luchas y sus victorias.—Los Macabeos.—La Historia profana.—Sebastián, Mauricio, Plácido.—Soldados de Sebaste.—Primeros soldados españoles.

Patria. Dulce idea consagrada por Dios.—El pueblo predilecto.—No se opone á la fraternidad universal.—Consejos á los soldados sobre el modo de conducirse en la victoria.—Lo que representa para el soldado esa bandera para toda su vida.—Museos.—Armerías.—Templos.

Rey. Doctrina de la Iglesia.—Representación soberana.—Apóstrofe á la bandera.—Súplica.

SERMÓN DE ÁNIMAS.

*Nunc scio vere, quia misit Dominus
Angelum suum, et eripuit me.*

Ahora sé verdaderamente, que el
Señor ha enviado su Angel y me ha
librado.

(Act XII, v. 11.)

¡La muerte! he ahí el término de todas las ambiciones, y de todas las esperanzas, y de todos los proyectos, y de todos los planes, como también de todos los desengaños, de todas las amarguras y de todas las ilusiones del hombre, durante su triste y brevísima peregrinación por este valle de miserias, que se llama vida, únicamente como destello y muestra fugaz, y harto incompleta, de la vida eterna, sin fin, para que ha recibido esta transitoria.

¡Pero cuán diferente es, amados hermanos, la muerte en el seno de la Iglesia Católica, y en las cátedras del materialismo, del vicio y de la impiedad! Mientras en éstas todo se aniquila en el hombre después de la muerte, según los más avanzados, y por desgracia más numerosos de sus prosélitos en este desdichado siglo; mientras, según otros que renuevan los delirios de la *metempsychosis* ó transmigración de los espíritus, las almas alquiladas, digámoslo así, por diferentes individuos y para distintas habitaciones, jamás gozan descanso, ni premio, ni castigo eterno cual merecieron sus acciones, sino que sirven como de juguete á Dios, que sólo crió un determinado número de ellas para todos los hombres que habían de existir en la serie inmensa de los siglos; mientras otros las hacen dormir in-

definidamente con el sopor ó sueño de los espíritus, hasta el día supremo de la resurrección final, sin duda porque no aciertan á comprender la misteriosa acción de Dios, Juez ó Padre, para esas almas separadas de sus cuerpos: mientras otros, en fin, renovando la mal entendida misericordia de Orígenes, sueñan acaso con una doble futura redención de los condenados y de los demonios, ó de plano, y sin más conjeturas, ni tesis, ni hipótesis, niegan la existencia del infierno, el protestantismo se presenta, hipócrita y simulado, ante esas sectas, hijas suyas, y consecuencia natural de su doctrina, alardeando de fe, y de respeto á las Divinas Escrituras y á las Tradiciones y prácticas de la Iglesia, para decir, á los que engendró ya desesperados, por todo consuelo: *O cielo, ó infierno: no hay Purgatorio; esa es una invención novísima de la Iglesia de Roma para explotar indignamente á los fieles.*

Y sin embargo, el Purgatorio existe, mal que le pese al cruel protestantismo: existe, porque así lo reclama imperiosamente la noción misma de Dios, colocado por Lutero, en peor condición que los jueces de la tierra, que tienen diversas penas, y diversos sitios de corrección para los delincuentes, según la gravedad de sus delitos: existe, porque lo reclaman las más nobles y naturales inclinaciones del corazón humano: existe, porque lo concibe perfectamente, y sin violencia de ninguna especie, la razón y el sentido común: y existe, sobre todo, para un hijo sumiso y obediente de la Iglesia Católica, porque así lo define y ha definido siempre ella misma, apoyando su definición en la práctica constante de orar por sus fieles difuntos desde los primitivos tiempos; práctica cimentada en los Libros Santos, y en las Tradiciones Divina, Apostólica y Eclesiástica, no menos que en los milagrosos hechos relativos á ese lugar de expiación, consignados en autorizadas y venerandas páginas, bien distintas, por cierto, de las ridículas fábulas y risibles escenas del espiritismo.

No vengo, por eso, ya precisamente á demostrarla, porque lo dicho basta para creer al fiel, y para convencer al hombre: ven-

go únicamente á excitar vuestra religiosidad probada y vuestra piedad nunca desmentida en favor de esas pobres Almas, que sufren por culpas levisimas: vengo á retrataros, en fin, el Purgatorio, sobre el lienzo de la Santa Escritura, y con el pincel de San Lucas, cuando nos describe en sus Hechos Apostólicos, la prisión y libertad de San Pedro en la cárcel Mamertina, trasunto fidelísimo de lo que acontece á las Santas Almas en esa otra cárcel expiatoria.

Imploremos los auxilios divinos, por la mediación de la Reina de los Angeles.

AVE MARÍA.

Si no hubiera ya indicado, amados hermanos, el giro de mi presente discurso, é iniciado las pruebas de la existencia del Purgatorio en todos los terrenos, insistiría ahora y con gusto en esa idea, al contemplar á Pedro custodiado en la cárcel, según las frases del pasaje que voy á comentar, á semejanza de las Santas Almas, en la de la expiación misteriosa de sus culpas: pero como el texto sagrado sigue diciendo que se oraba sin intermisión por él en la Iglesia ó reunión de los fieles, no quiero dispensarme de decir dos palabras, citando esa oración primitiva, por las Almas del Purgatorio, como la mejor prueba de la verdad de la doctrina católica en favor de su existencia.

No, amados míos, no, y mil veces no; el Purgatorio no es una invención de última hora de la Iglesia de Roma, como blasfeman los protestantes; la Iglesia que rogaba por Pedro encarcelado sin cesar, la Iglesia de las Catacumbas, de las persecuciones y de los mártires, esa Iglesia que tanto parecen envidiar los proclamadores de la Reforma, oraba por sus fieles difuntos, y creía, por lo tanto, como nosotros, en la existencia del Purgatorio: ahí están los dipticos ó tablas de los muertos, presidiendo muda, pero elocuentemente los agapes ó convites de la caridad, sobre cuyas santas mesas se oraba por aquellos

hermanos que se habían sentado ante ellas, y cuyos nombres constaban allí para no olvidarlos jamás en las comunes acostumbradas oraciones: ahí están todos los vestigios y textos de la arqueología cristiana, los ruegos de los que morían á los supervivientes, las sentencias de los Santos Padres, las cofradías de difuntos, primeras entre todas las asociaciones de caridad cristiana, citadas minuciosa y detalladamente por San Ignacio Mártir, con sus clasificaciones para los distintos oficios de misericordia espiritual y corporal con los finados, con sus Decanos ó Deanes, sus fossores ó fosarios, sus vespillones, kopiatas, arenarios, sandapilarios, lecticarios y libitinarios, que mucho antes de los parabolanos en Alejandría, y los nosocomos, y los xenodocos, y los orfanotrophos, y los ptocodocos, en hospitales, asilos de huérfanos y casas de mendicidad, ya proclamaban la caridad con los muertos, como esos otros con los vivos, sin tanto aparato ni tantas pretensiones, por cierto, como la beneficencia y filantropía de los sentimentales modernos: había, pues, oración, y la primera de todas por los difuntos, y se creía en el Purgatorio sin explotar la piedad, sino más bien acrecentándola en esos primeros fieles: *Oratio autem fiebat sine intermissione, ab Ecclesia, ad Deum pro eo.*

Es, pues, una verdad fuera de toda duda, que las Almas duermen en esa santa y terrible cárcel el sueño de la paz, de que nos habla la Iglesia en su liturgia, como el Príncipe de los Apóstoles dormía, según el Sagrado Códice, en la misma noche de su libertad milagrosa, amarrado con doble cadena, y custodiado por centinelas dobles sin perjuicio del piquete que guardaba la entrada del calabozo: *in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus: et custodes ante ostium custodiebant carcerem.*

¿Qué sueño misterioso es ese, hermanos míos? ¿Cuáles esas cadenas? ¿Quiénes esos soldados? ¡Ah! Duermen el sueño de la paz; pero no olvidéis el dicho del paciente Job: *ecce in pace amaritudo mea amarissima*: paz amarga, sueño inquietado por la justicia divina y por el testimonio de la propia conciencia, que

todo lo ve ya claro, y lo conoce, y aplaude, y bendice la mano que le castiga, pero que espera sin cesar en la misericordia de un Dios al que ama y por el que es amada: ahí tenéis las dos cadenas: si las queréis ver bajo otro respecto aún, contempladlas en el amor y en la esperanza; amor duro como las antorchas que abrasan, y cruel como la muerte: esperanza convertida en tormento indecible y supremo, por su misma dilación: y si todavía queréis escuchar el ruido de sus hierros y tantear el peso de sus argollas, recordad, os lo encarezco, la doble pena de daño y de sentido que sufren esas nobles víctimas, y esas santas y pacientes prisioneras: ellas, bien lo sabéis y lo confesáis, carecen de la vista de Dios: y como si este tormento no fuera suficiente expiación para unas Almas abrasadas en su amor divino, experimentan en la pena de sentido todos, absolutamente todos los rigores de la justicia eterna, representados en aquellos terrores que guerreaban contra el Solitario de Hus, según la Santa Escritura.

Y como si no les bastara todo eso, dos centinelas, siempre vigilantes, dos soldados armados de punta en blanco, custodian y presencian, impasibles y crueles, silenciosos y ceñudos, su sueño de muerte, sus dolores, sus llantos y su sacrificio: ¿sabéis quiénes son? la ingratitud y la avaricia, hermanos míos.

¡Lazos de parentesco, rotos y olvidados, dulces afecciones de la amistad y del reconocimiento, comunión de los Santos despreciada por los hijos de una misma cariñosa Madre la Iglesia, vosotros, sí, vosotros sois esos dos centinelas que ni siquiera aliviáis por un momento el peso enorme de esas cadenas, y solamente veláis afanosos, porque no sean rotas al fin, á fuerza de llantos y suspiros! ¡voces inefables de padres, hijos, esposos, parientes, amigos, hijos de Dios, fieles cristianos, dejad oír vuestro acento cerca de esas cadenas, y ellas serán hechas pedazos! Despertad á esas pobres almas que os fueron tan queridas en vida, en nombre de esas dulcísimas afecciones del corazón, en nombre de Dios que las ama tanto á ellas y á vosotros!

¡Sórdido y miserable interés, no remaches por más tiempo esas cadenas! ¡herederos, albaceas y testamentarios, fortunas improvisadas á costa de esa cárcel, de esos tormentos y de esos grillos, venid! ¡Ved, contemplad, miserables, vuestra indigna obra! ¡Ladrones del reino de Dios, soltad al fin vuestra presa!

¡Afuera, digo de una vez para siempre, en nombre de Dios, soldados que custodiáis esa entrada! Impiedad, hipócrita ó descubierta, protestantismo audaz, ridículos bufones del espiritismo, supersticiones absurdas de la ilustración moderna, errores y vicios de hoy, ¡atrás! ¡Paso á la misericordia de Dios, si habéis de esperar algún día que no se haga con vosotros únicamente la justicia!

¡Pero si no queréis abandonar vuestro innoble puesto, si no queréis ceder esa guardia maquiavélica, temblad! ¡Que sobre los demonios están los Angeles, ejército aguerrido y fidelísimo de Dios, amigo de esas pobres pacientes! ¡Vendrá el Angel y hará la luz en medio de esas tinieblas por vosotros amontonadas con diabólico incesante esfuerzo! *Et ecce Angelus Domini astitit: et lumen refulsit in habitaculo: percussioque lateris Petri, excitavit eum, dicens: Surge velociter.*

¡Levántate tú, que duermes, decía ya San Pablo, y álzate de entre los muertos y te iluminará Cristo! ¡Levántate, hermosa mía, paloma mía, inmaculada mía, había dicho mucho antes Salomón en sus inefables cánticos! ¡Ha pasado el invierno y las lluvias, y han aparecido en nuestra tierra las flores! ¡Levántate, y levántate pronto, dice el celestial mensajero á San Pedro! ¡Levántate, y pronto, digo yo con la voz de la Iglesia á la Santa Alma purificada en este momento por estos suffragios: *El Esposo te aguarda: ¡No te hagas esperar ya! ¡Surge velociter!* ¡Nada importa esa guardia, ni esos centinelas, ni esos grillos! ¡Todo lo ha vencido el amor de Dios y tu paciencia! ¡La ingratitud, y la avaricia, y la impiedad, y el protestantismo están ya ciegos!

Y cayeron de sus manos las cadenas, sigue diciendo el

Libro de Dios: y el Alma, libertada como Pedro, se viste á la voz imperiosa del Angel, sus vestiduras de luz y de gloria, y se prepara á seguirle: y se calza las sandalias del amor y de la felicidad, y de la fe, y de la esperanza ya satisfechas, y sigue al espíritu celeste, pero todavía como soñando, y creyéndose presa de una ilusión engañosa, aunque inefable.

¡Santas Almas, no lo dudéis! ¡Es verdad, es toda la verdad, es que vais á ver el Dios porque tanto suspirasteis! Pasaréis, como el Vicario de Cristo libertado, la primera y hasta la segunda guardia, y esos vuestros verdugos y carceleros estarán impotentes y como muertos, ni más ni menos que los soldados del sepulcro en la mañana dichosa de la Resurrección: la puerta de hierro que conduce á la ciudad, se os abrirá como á Pedro, por manos invisibles, y el Angel se separará ya de vosotras en seguida, porque estáis en vuestra casa, porque ha llevado á término feliz su misión, y porque viendo ya á Dios, no veis más que á Él, ni necesitáis más que de Él, ni os inunda otra luz que la suya, Cordero inmortal que sirve de antorcha al cielo.

Pero aguardad un poco, mis hermanos: dejemos á estas almas entrar dentro de sí un momento, como al *hijo de la paloma*, en su sencillez y su dicha, para convencerse al fin de la realidad de los hechos, para clamar con él según las frases que me sirven de tema.—*Ahora conozco verdaderamente que el Señor ha enviado su Angel, y me ha libertado.....* Dejadle saborear su gozo, y seguid leyendo con el Libro Divino, y venid á la casa de María, Madre de Juan Marcos, donde se hallan congregados y orando los fieles, la Iglesia; y escuchad á la muchacha Rhode, que reconoce la voz de Pedro que llama, y á los cristianos, que antes que la libertad de su jefe, creen, por el momento, en una visita angélica; y vedle entrar, por fin, y estrecharlos á todos contra su corazón, y contarles lo sucedido y encargarles lo comuniquen á los ausentes.

No de otra manera, mis amados, las Santas Almas ya libres, sólo tienen como el Apóstol, un primer paso y un primor-

dial movimiento, que es el de la gratitud: ellas, como Simón, se dirigen, ante todo y sobre todo, á casa de sus bienhechores, á su mente, á su corazón, á sus dolores, y á sus necesidades, para multiplicar sus beneficios, para revelar las maravillas del Señor, y para darlas, por fin, santos y saludables consejos, encargándoles propaguen tan hermosa y fructífera devoción, sin pérdida de momento, y sin omitir diligencia, ni esfuerzo, ni sacrificio alguno para ello: lejos de mí, hermanos míos, el incurrir, ni por un instante, en las supersticiones espiritistas condenadas por la Iglesia, y hasta por el sentido común; pero lejos también de mí el negar las apariciones de venerables difuntos, consignadas en las Santas Escrituras y en las más auténticas y autorizadas Tradiciones: negarlas en absoluto, ni mucho menos, sería oponerse á la fe, negar la omnipotencia de Dios, el dogma consolador de la comunión de los Santos, y las relaciones de la creación visible é invisible, que de un sólo principio creador proceden: en qué forma y modo se verifiquen; cuándo deba prestárseles asentimiento, y otra porción de precisos y minuciosos detalles sobre esta materia, no es cuestión propiamente del púlpito, sino de la cátedra, y más que todo, no personal, ni privada, sino de la Iglesia, siempre prudente y razonada en sus fallos. Dios puede, de mil maneras y formas establecer esas relaciones, y tocar la mente y el corazón del hombre, como sucede con la guardia y custodia del mismo por el Angel, según la doctrina católica hermosamente expuesta por el de las Escuelas en este asunto: y sobre todo, puede y debe colmar, y de hecho colma de felicidades espirituales y temporales, de beneficios y de consuelos á los fieles, que libertando á las Santas Almas, por medio de sus sufragios piadosos, se convierten, en cierto modo, en ángeles, y en dispensadores de sus augustas divinas y eternas misericordias.

Santas Almas, ya estáis libres, ¿no es verdad? Ya escuchamos vuestros gritos de júbilo, vuestras voces de triunfo, vuestras oraciones en favor de los que os libertaron, vuestros con-

sejos y vuestras advertencias para fomentar nuestra piedad con los muertos, no menos que para vivir de tal manera, que evitemos el Purgatorio, ó por lo menos, su duración y terribles tormentos: todo, Santas Almas, lo estamos escuchando, y agradeciendo, y ponderando como es muy justo y debido en provecho común para el porvenir; y os prometemos desde este instante, Almas queridas, ocuparnos siempre y con preferencia, de este asunto tan vital y tan supremo en el tiempo, como en la eternidad. ¡Santas libertadas, recibid nuestra más cordial y sincera enhorabuena, y no os olvidéis de rogar por los peregrinos de este valle de llanto y de miserias! ¡Santas Almas todavía cautivas, esperad un poco aún, amadas de nuestro corazón, esperad! Quedamos rogando sin cesar, por vosotras, á cambio de vuestras oraciones, también, pero ante todo, movidos á compasión como buenos y como católicos; que ante los dulces lazos de la familia, de la amistad, de la gratitud, como de la caridad cristiana y de la compasión propia de seres racionales, y de corazones nobles y generosos, oramos vivamente á Dios en estos solemnes momentos, para que las Almas de nuestros padres, parientes, amigos y bienhechores, y las de todos los fieles de Cristo, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.